



25
DE HISTORIAS
DE Amor Y DE Dioses

MELISA S. RAMONDA

CONTRIBUCIONES DE M. ANA FALLAS BARRANTES

ROMANCES MITOLÓGICOS
ADAPTADOS A NUESTRO TIEMPO

**DARK
UNICORN
EDICIONES**

25 HISTORIAS DE AMOR Y DE DIOSES
Romances Mitológicos adaptados a Nuestro Tiempo

Melisa S. Ramonda

DARK UNICORN EDICIONES, 2016

©Melisa Samanta Ramonda, 2016



<http://ladywolvesbayne.com/>
[facebook.com/melisasramonda](https://www.facebook.com/melisasramonda)
[@ladywolvesbayne](https://www.instagram.com/ladywolvesbayne)

Diseño de Cubierta:
Melisa S. Ramonda/Dark Unicorn Ediciones
EDICIÓN PAPERBACK
ISBN 1518753051
ISBN13 978-1518753053

Fotografía de Cubierta:
#154564205 "Sculpture of a Beautiful Woman" by Inga
Dudkina
<http://shutterstock.com/>

Editado en Argentina
Edición Kindle: Enero de 2016
Edición Paperback: Enero de 2016

© Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio que sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro; ni impresa ni distribuida sin el permiso previo por escrito y explícito de la autora o el equipo editor.

AVISO:

Este volumen está escrito en idioma ESPAÑOL matizado con voces latinas e hispanas. Contiene lenguaje y otras situaciones para adultos. No recomendado para menores de 16 años, por favor, seamos responsables. La autora no se hace responsable por ningún tipo de crítica o malentendido en que pueda incurrir el lector acerca del lenguaje en el que está escrita esta obra, ni tampoco adhiere a los accionares o ideologías expresados por los personajes. La obra se adecúa a un marco teórico y mitológico adaptado a nuestra era y que intenta mantener la esencia del material de origen, por lo que es muy probable que algunas temáticas puedan afectar la sensibilidad del lector. Esta es simplemente una obra DE FICCIÓN.
Gracias por tu tiempo.

*Para María Ana, con quien compartí
la dicha de ver nacer uno de los mundos de fantasía
más hermosos que jamás descubrí.
Ojalá podamos volver a ello algún día.
Siempre estarás en mi corazón, amiga.
Tus niños han sido inmortalizados
al lado de los míos :)*

UNAS PALABRAS DE LA AUTORA

Hace algunos años, una compañera de andanzas escriturales (Esciam) y yo tuvimos una idea que en su momento nos pareció de lo más fantástica. Una saga de fantasía urbana para adultos basada en la mitología, griega y de otras regiones. Teníamos muchísimo material; el dream-cast (todos guapérrimos, por supuesto), arte, dibujos, personajes, tramas, conceptos, ideologías y la mar en coche. Habíamos empezado a escribir y todo, era una gran historia con acción, humor, magia, misterio y sobre todo, mucho romance. Estábamos muy entusiasmadas las dos.

Eventualmente, sucedieron cosas. El tiempo y las cuestiones personales de ser adultos y de vivir muy lejos la una de la otra nos distanciaron y ya no volvimos a trabajar en el proyecto, pero a mí me quedaron estos relatos.

Y últimamente les estuve dando vueltas. Porque los recuerdo con cariño y los adoro. Amo a los personajes, amo los buenos momentos que pasé con ellos y me hacen tener muy presente que aquel gran proyecto, algún día, tiene chances de volverse realidad. No descarto que en algún momento la diosa Atenea volverá a resolver los crímenes del Olimpo moderno y a enamorarse del recalcitrante primer Hombre-Lobo, Licaón de Acadia; o de que Hades volverá a su lugar en la funeraria que conecta el mundo de los vivos con el de los muertos, donde seguirá siempre enamorado de su preciosa Perséfone; o de ver a Hermes, el dicharachero, tratando de que la magnífica diosa solar japonesa, Amaterasu, no lo queme vivo por sus hábitos libertinos. Un día, si Dios quiere. Por ahora, les dejo con el tentempié.

En algunos de estos personajes están las semillas de otros, si prestan atención van a descubrir cosas interesantes *guiño*.

Muchos de los relatos tenían un trasfondo trágico y van a ver que en algunos de ellos aún se siente el dolor pasado de los personajes, pero esto se escribió para hacer feliz a alguien, y son eso, historias cortas y felices en su mayoría. Algunas chorrean quizá demasiada miel, no sé. No hay mucho más que alegría, travesura y cariño. Ninguna de las parejas pretende ser "históricamente" correcta ni mitológicamente exacta (no del todo) ya que son adaptaciones modernas y muchas de ellas son estilo crossover (una mezcla de dos o más panteones), pero pretenden hacerte pasar un buen rato y enamorarte de estos inmortales.

Más que nada, eso: *enamorarte*.

No tengas miedo de las posibilidades, te dejo en la mejor de las compañías.

Mel.
Enero, 2016

ÍNDICE

0. La Caída de un Rey.

1. Sueño

2. Intención

3. Almohada

4. Televisión

5. Miedo

6. Sabiduría

7. Paz

8. Pelota

9. Camino

10. Ceremonia

11. Capacidad

12. Hermosura

13. Fotografía

14. Azul

15. Error

16. Cocina

17. Bebida

18. Misterio

19. Lápiz

20. Momentos

21. Cirugía

22. Control

23. Destino

24. Pena

25. Mano

OTRAS OBRAS

0. La Caída de un Rey

Este relato no es muy feliz, pero es muy necesario. Se trata de una versión libre de la leyenda del rey Licaón de Acadia, quien fuera maldecido por Zeus y convertido en el primer Hombre-Lobo. Licaón, sin embargo, es uno de los protagonistas de este vasto universo y su historia es la patada inicial para comprender todo lo demás.

Se recomienda discreción, el relato contiene lenguaje adulto y violencia gráfica.



Había vapor muy caliente y aromas deliciosos. Aceites y olores tan lujosos que estimulaban la imaginación de mil maneras distintas. El aire sofocaba, humedecía la piel y los cabellos. Había una enorme pila de mármol negro llena de agua perfumada. Oro y maderas de tierras lejanas; piedras talladas, diamantes relucientes. Las molduras eran espléndidas, con detalles de guerreros y fantásticas conquistas. Había estatuas de piedra blanca, de personajes ilustres, quizá divinos. Para ser solamente un baño, era un lugar magnífico.

Era el baño privado del rey.

Las risas de las mujeres, juguetonas y desinhibidas, llenaron el ambiente por un momento, y luego sus voces se hicieron susurros ansiosos mientras el murmullo del agua que agitaban con sus juegos cubría lo que decían. El vapor se disipó un poco, entre tanto movimiento de cuerpos, y el chapoteo inusual del agua anunció que ya todos iban a salir. Más risas.

Las jovencitas se movieron a su alrededor, risueñas.

Recibieron con miradas ansiosas al hombre; su rey. Amo y señor absoluto. Él era alto entre los guerreros de su reino, y quizá fuera más conocido en toda Grecia por su

crueldad que por su sabiduría para reinar. Era un exponente en ambas cosas, pero la gente sólo lo recordaba por sus cruentos trofeos de guerra, los que se exhibían en los límites del reino para que cualquier invasor se lo pensara dos veces antes de planificar un ataque.

Las veinte doncellas de su servicio personal lo miraban con admiración fingida, con sonrisas falsas. El rey era un hombre magnífico, un espécimen todavía envidiable a sus casi cincuenta años. Tenía quince esposas y cincuenta hijos, y se esperaba que siguiera tomando esposas y haciendo herederos, porque era bien sabido que tenía con qué a pesar de ser ya mayor. Varias de esas doncellas conocían más de su rey que sus propias esposas, pero...

De él, todos temían dos cosas: el poder de su mirada, y el de sus grandes puños.

Las hermosas jóvenes abrieron un camino para él, hacia el vestidor. El rey encabezó la marcha, dirigiéndose hacia los grandes espejos gemelos, y mientras ellas se acercaban con su túnica negra de honor y los pertrechos de su armadura dorada, contempló su reflejo en esas prístinas superficies perladas.

Sus ojos siempre eran lo primero que llamaba la atención.

De un azul profundo, cristalino y cambiante. Podía ser oscuro cuando estaba envenenado de ira, y más claro, encantador, cuando la felicidad lo embargaba. Esto último ocurría poco. Y más desde que empezaba a notar su vejez. Frunció peligrosamente el ceño al notar las arrugas que poblaban su rostro, dándole el aire aguerrido y temerario frente al que todos temblaban.

Incluso sus propios hijos.

Una doncella se acercó y recortó un poco sus rizos negros, y tras secarle con una toalla, sin mirarle, le colocó una corona de laurel hecha de oro. La muchacha luchó valientemente contra el temblor de sus manos, tratando de poner la corona en su perfecto lugar; era difícil maniobrar con los

hambrientos ojos del rey encima y con sus manos recorriéndole los pechos...

Otra se acercó a colocarle la túnica, y una tercera traía sus sandalias doradas. Todas pasaron por un trato similar. El rey era exigente con las esclavas, siempre controlaba que no engordaran mucho y las cambiaba cada dos por tres. No quería tener en su lecho mujeres de más de treinta años, para cuando sus esposas no estaban de humor para un juego en grupo.

Un jovencito, de unos dieciséis años de edad, apareció detrás de las blancas columnas de mármol tallado vestido con túnicas de gala y el cabello negro adornado con oro. Se apoyó en la columna y observó un momento el trabajo de las siervas, pero le puso más atención al rostro duro del hombre...

—Padre, él ya está aquí. —anunció el chico.

—Te dije que no entres a mis aposentos, Acontes. —tronó la voz del rey, mirándolo con ojos atravesadores.

El muchacho se despegó de la columna y retrocedió un paso.

—... lo lamento mucho, padre. Perdóname. —le dijo, y bajó inmediatamente la cabeza. Sus ojos azules, idénticos a los del rey, miraron el piso de mármol negro— El sumo sacerdote dice que no deberías hacerle esperar, o podrías tener un problema.

—Que el sacerdote se vaya a la mierda. Soy el rey, y él es mi invitado.

—... pero, padre...

—Acontes.

El chico alzó la cabeza ante el tono cariñoso en que el rey había pronunciado su nombre. Sintió que la alegría crecía en su pecho, por un instante...

—¿Sí, padre?

—Te vas a ganar veinte azotes si no te largas, muchacho. Parece mentira que ya de grande tenga que seguir corrigiéndote por ser tan estúpido. —le dijo el rey, con la mis-

ma voz cariñosa con que había pronunciado su nombre antes. Luego, su expresión tan paternal se volvió violenta y el fuego azul en sus ojos reverberó de ira— ¡Muévete! ¡Deberías estar preparándolo todo en mi lugar! ¡No puedo creer que el día que me muera, un pobre imbécil como tú estará en el trono!

El joven Acontes de Acadia retrocedió unos pasos, atónito, y salió corriendo despavorido.

El rey se volvió hacia los espejos y vio el tono rojo que la piel de su rostro había adquirido con el esfuerzo de tener que gritarle al mocoso. Ese niño. Hélix sería mucho mejor rey que él, sin duda. O Phallas. Pero Acontes era su primogénito, le gustase o no, y por lo menos era inteligente. Tenía excelentes calificaciones de todos sus maestros y era un guerrero excepcional aún a su edad...

Lástima que confiara tanto en su propio padre.

Con una sonrisa torcida, el rey disfrutó de las atenciones de las doncellas hasta que estuvo vestido y pertrechado, y tomó el casco de metal oscuro que la última joven le ofreció.

Salió de los baños, se encontró con sus guardias personales y varios de sus generales. La comitiva encaró en dirección a la parte más lujosa del palacio, un gigantesco salón de mármol luminoso y con columnas gruesas, de pisos relucientes. Acontes y otros dos muchachos apenas un año más jóvenes que él caminaban al final de la fila. Hélix era uno de ellos, un joven de rasgos afilados y rostro muy blanco; y Phallas el otro, con los rizos oscuros largos y algo desordenados, más alto y corpulento que Acontes a pesar de ser menor que éste. Los tres se parecían mucho a su padre, a pesar de ser hijos de diferente madre.

Las muchas esposas del rey esperaban sentadas en dos filas a los lados de una mesa baja de mármol blanco exquisitamente servida; y sus otros cuarenta y siete hijos detrás de sus respectivas madres, o en los brazos de éstas. La mesa servía a la vez de camino al trono, por lo que el rey

subió los pocos escalones y se encaminó hacia el otro lado, estampando sus pies en el espacio medido para que él pudiera pasar con total confianza y lucirse ante sus súbditos. La música y el júbilo hacían un ambiente festivo de verdad. Había una celebración. El olor del incienso quemándose en los braseros, de la comida, del vino... el rey aspiró esos aromas tan gratificantes con gran deleite, orgulloso. Muchas mujeres danzando, personalidades importantes del reino y sus más leales generales y lugartenientes.

Los observó a todos al pasar, con paciencia y vanidad. Hasta que volvió sus ojos hacia el frente.

Divisó al sacerdote del templo de pie junto al trono.

Y un imbécil sentado en el que era SU trono.

Por poco y no le dio un ataque de caspa al ver eso. Ah, debía ser su invitado. Se detuvo a pocos pasos de distancia, después de llegar al pie del palco donde estaba alojado el trono, y se agachó en una pequeña reverencia. La música se detuvo entonces. Al menos, agacharse era lo mínimo que alguien como él debía hacer cuando se estaba en frente del rey de reyes.

El Rey de los Dioses, más bien.

Zeus, dueño del trueno y el rayo, amo y señor del Olimpo.

—Mi señor. Es un honor que haya venido a visitarnos.
—saludó el rey, entre dientes.

—Llegas tarde, Licaón de Acadia. —contestó su invitado, mirándolo con un poco de molestia— Pensé que la intención de este banquete tuyo era negociar los favores de los Dioses, no hacerlos esperar.

El rey levantó la cabeza, serio como una roca.

Oh, así que ya lo había adivinado. Pues bien. El Olimpo generalmente no daba nada de por sí, mucho menos Zeus, si no recibía algo a cambio de sus dones. Tener el refuerzo de Ares en la próxima guerra era un trato que debía negociar con el padre de éste, y Zeus le había exigido algo que, al principio, creyó que no podría pagar. El sólo hecho

de pensar en ello le hacía sentir deshonrado, a él, que era tan posesivo sobre lo que era suyo...

El Señor del Olimpo le había pedido a todas sus hijas.

Licaón de Acadia tenía doce hijas, la mayor de apenas quince años. La más pequeña había nacido hacía unos días. Zeus quería llevárselas, para que las dríades las criaran y las convirtieran en serviles doncellas. ¿Cuál había sido la frase? Ah, sí. El sacerdote a través del cual el Dios le habló, en el templo, le dijo que "siendo él un hombre tan hermoso y con esposas tan bellas, sus hijas no serían menos que fabulosas". Todo el mundo sabía perfectamente que el Rey de los Dioses tenía una debilidad que no podía contener por poseer mujeres hermosas, fueran quienes fueran.

El sacerdote le aconsejó cumplir su parte si quería seguir adelante con el plan.

Se lo pensó.

Después de todo... eran mujeres.

Los vástagos del sexo débil no le servían para otra cosa que no fuera para casarlas con un rey al que necesitara aliarse o como forma de premiar a sus generales; y más si resultaban todas igual de bellas que su hija mayor. Cuando participó a sus esposas de las condiciones del trato la mitad de ellas se negaron, entre lágrimas y gritos, y tuvo que usar la fuerza para someter a las demás porque se lanzaron sobre él con los puños en alto. Tenía mujeres bravas en su haber, que no lo amaban ni disfrutaban estar con él, pero a todas las sabía controlar de alguna manera.

El comportamiento de sus esposas le ayudó a decidir.

—Me disculpo por la impertinencia. —dijo, a regañadientes.

Se volvió a erguir y Zeus sonrió.

—¿Qué es esto? ¿No estábamos celebrando mi visita?
—comentó el Dios, ante el silencio imperioso de la sala. Aplaudió brevemente y los instrumentos se soltaron enseguida de las manos de los músicos para tocarse por sí solos
— Así está mucho mejor, me parece.